

Ricardo Vicente López

---

*Saber o ¿comprender?  
en el siglo XXI*

---

Informarse, saber, entender son modos del conocimiento sobre los que es necesario pensar

Cuaderno de reflexión:

*La información mediatizada*

Corrección: Lic. y Correctora Cristina Esteban

## Introducción

Afirmar que nos ha tocado vivir en un mundo muy injusto, en el cual más de las dos terceras partes viven más que mal y que, en el otro polo, un puñado de familias se queda con más del 50% de las riquezas, puede ser compartido por muchos. Sin embargo, una gran mayoría acepta mansamente este estado de cosas, convencida de que es muy poco, si es que algo puede hacerse. ¿Cómo explicar esta terrible ecuación? La intención de estas páginas es invitar a unas reflexiones sobre lo que contiene la pregunta, sobre las posibilidades de encontrar una gama amplia de respuestas, con la convicción de que aprender a preguntar es comenzar a abrir el camino. Somos el resultado de una educación que nos llevó por el camino de respuestas ya elaboradas, con muy pocas posibilidades de repreguntar. De ello se trata.

## Diagnóstico de estos tiempos

Debemos enfrentarnos a una época que nos muestra, entre tanta incertidumbre, que la única constante comprobable es el cambio. En efecto, aun cuando no sabemos si adquirirá una mayor velocidad, percibimos por momentos su aceleración. Sin embargo, la *hora* sigue teniendo los mismos *sesenta minutos*, y *el día* no ha agregado ni ha quitado nada a sus *veinticuatro horas*. ¿Dónde radica, entonces, esta percepción del aumento de la velocidad del tiempo? Solamente en nuestras consciencias. Pero, a pesar de ello, parece no ser mucho lo que podemos innovar para domeñar este tiempo que se presenta tan esquivo.

El saber de las ciencias tradicionales se demuestra insuficiente para encontrar las respuestas que nos permitan aferrarnos a verdades sólidas. Han desaparecido las *viejas certezas* con que nuestros predecesores construían sus futuros. Miramos hacia adelante y nos invade una sensación de perplejidad, carencias y de inhabilidad para la tarea que debemos enfrentar, si nuestra intención es comprender este mundo. El gran físico Albert Einstein (1879-1955) afirmaba con palabras terminantes: «Cada día sabemos más y entendemos menos».

Si bien es cierto que no habrá sido muy diferente para las mujeres y hombres que debieron afrontar el derrumbe del Imperio Romano o los cambios del siglo XVIII en la Europa occidental, no nos alcanza con saber que ellos también padecieron situaciones semejantes. Lo que nos sumerge en una cierta zozobra es la percepción de que la dinámica de los cambios que se avecinan escapa a nuestras previsiones. Se agrega a ello el saber que expresa esa frase tantas veces escuchada, pero no siempre comprendida en toda su dimensión: «Esta no es una época de cambios, sino un cambio de época». Lo que nos dice es que gran parte de lo sabido corre el riesgo de ser inútil, pero que todavía no estamos totalmente en condiciones de discernir *qué sirve y qué no*.

Pedro Luis Barcia nos advertía no hace mucho:

La vertiginosidad que nos envuelve en lo cotidiano da la tónica de los tiempos. Estamos realizando nuestra tarea educativa en el seno del vértice de cambios en todos los niveles. Esto obliga a una doble atención: a lo que debemos consolidar en medio del cambio a través de nuestra labor pedagógica y a lo que debemos atender de estos cambios, para apelar de continuo al contexto móvil en que estamos insertos docentes y alumnos<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Barcia, Pedro Luis, *Educación y Cambio*, en *Cuestiones Educativas*, Editorial Magisterio del Río de la Plata, 1997, pág. 11.

A pesar de ello, son evidentes las carencias del sistema educativo en todos sus niveles, para encontrar respuestas posibles con las cuales procesar las características de este tiempo. Ello impide encontrar nuevos caminos y se dan vueltas en torno a cuestiones técnicas, administrativas, didácticas. Se supone que algunas modificaciones circunstanciales poco analizadas y que se implementan acosadas por las exigencias de los tiempos políticos — más aun los electorales— pueden resolver el problema. Así, en las últimas décadas hemos observado y padecido cambios educativos pretendidamente estructurales y que nos colocaron en esta intemperie. Este no es solo un problema nuestro, es una de las consecuencias de una globalización aplastante.

La UNESCO publicó en 1999 un estudio redactado por Edgar Morin<sup>2</sup> (1921), que contó con la colaboración de intelectuales pertenecientes a una importante cantidad de universidades de todos los continentes: *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. En él, podemos comenzar a vislumbrar lo profundo y complejo del tema:

Cuando miramos hacia el futuro, vemos numerosas incertidumbres sobre lo que será el mundo de nuestros hijos, de nuestros nietos y de los hijos de nuestros nietos. Pero, al menos, de algo podemos estar seguros: si queremos que la Tierra pueda satisfacer las necesidades de los seres humanos que la habitan, entonces la sociedad humana deberá transformarse. (Subrayados RVL)

Es altamente iluminador, pero sorprendente, percibir que coloca la cuestión en todos y cada uno de nosotros. Habitualmente, intentamos pensar en términos de los cambios estructurales, lo cual nos exculpa al quedar fuera del asunto. Por ello, la condición de posible para ese logro no parece ser sencilla. ¿Cómo lograr ese cambio? ¿Dónde encontrar los mecanismos adecuados para ese logro? La respuesta no es demasiado misteriosa, y a nadie escapa que debe ser *la educación* la encargada de producir esos cambios fundamentales. «La educación es “la fuerza del futuro”, porque ella constituye uno de los instrumentos más poderosos», sostiene Morin.

Sin embargo, por lo dicho antes, no es la educación conocida la que está en condiciones de hacerlo. ¿No es, en parte, lo aprendido durante ella lo que nos ha colocado en esta realidad? Einstein nos advertía sobre nuestra situación de personas que viven el *tiempo de cambio*: «Si buscas resultados distintos, no hagas siempre lo mismo».

En esa misma línea de pensamiento, el doctor Federico Mayor (1934); Director General de la UNESCO, escribió en el prefacio:

Uno de los desafíos más difíciles será el de modificar nuestro pensamiento de manera que enfrente la complejidad creciente, la rapidez y lo imprevisible que caracterizan nuestro mundo. (Subrayados RVL)

Para dimensionar la magnitud de la tarea que debe afrontar una educación acorde con las exigencias de los tiempos futuros, nos dice Morin:

El conocimiento de los problemas clave del mundo, de las informaciones clave concernientes al mundo, por aleatorio y difícil que sea, debe ser tratado so pena de imperfección cognitiva, más aun cuando el contexto actual de cualquier conocimiento político, económico, antropológico, ecológico... es el mundo mismo. La era planetaria necesita situar todo en el contexto y en la complejidad planetaria. El conocimiento del mundo, en tanto que mundo, se vuelve una necesidad intelectual y vital al mismo tiempo. (Subrayados RVL)

---

<sup>2</sup> Profesor en la Universidad de La Sorbona en Nanterre, fundó la revista *Argumentos* y fue director del Centro para el estudio de la Comunicación de Masa.

Pensemos una educación acorde con las exigencias de los tiempos futuros. Debemos aceptar que nos es difícil comprender la enorme dificultad de la tarea. Más difícil aun en cuanto presenta el problema la educación recibida. La paradoja se muestra así: pensar una educación para enfrentar toda esta problemática debe comenzar con cambiar la estructura de nuestro pensamiento e incluir en ella a todos los docentes.

Es decir, el problema central que primero afrontaremos es concebir cómo diseñar las modificaciones necesarias en nosotros mismos. Debemos pasar de ser *parte del problema* a comenzar a delinear *su solución*. Y esto supone una verdadera revolución dentro de nuestras conciencias, que debe poner en cuestionamiento la totalidad de los contenidos recibidos y de los fundamentos que sostienen nuestras ideas (formación intelectual). Además, nos señala Morin que este cambio es *intelectual* pero también, y en el mismo sentido, *existencial*. Se ponen en juego nuestros proyectos de vida y los valores que esos proyectos muestran como fundamento.

Llegados a este punto de la cuestión, debemos preguntarnos: ¿cuántos de nosotros estamos en condiciones de comenzar a enfrentar este desafío? De aquellos que creamos estar en esas condiciones, ¿cuántos estamos dispuestos a hacerlo? He aquí la complejidad del problema y, al mismo tiempo, su imperiosa necesidad.

### *Ver y conocer*

Detengámonos, por un momento, para dar un paso complementario. Abordemos una cuestión que puede parecer, a primera vista, solo un juego de palabras. Quiero insistir en darles algunas vueltas más a este tema, porque de él lograremos sacar conclusiones importantes para nuestra investigación. Lo planteado en el apartado anterior contiene la propuesta de hacernos reflexionar sobre el contexto cultural en el que estamos inmersos, y señalar los cambios significativos que se operan en su seno. Nos resta revisar las características del proceso social mediante el cual nos formamos como *personas*, es decir, como seres humanos, psicosociales, únicos e irrepetibles. Esto supone una base biológica heredada, que no analizaré, para prestar atención a las adquisiciones socioculturales que nos van moldeando individualmente: *nuestra educación, en el sentido más amplio del concepto*.

Un componente fundamental de ello es el lenguaje<sup>3</sup>, que nos separa esencialmente del resto de la vida animal. El correcto uso de este instrumento maravilloso no cuenta con la debida atención y hoy se ve banalizado por la omnipresencia de los medios de información. *Se habla como ellos hablan; luego, se piensa como ellos piensan*. El resultado para analizar es el desconocimiento de los significados por el uso ambiguo de las prácticas coloquiales. En unos simples ejemplos, para entender de qué se trata, intento hacer visible esa ambigüedad: la utilización de verbos como “ver-mirar” y “oír-escuchar”.

Cómo define la Academia sus significados: «*Ver*: Percibir por los ojos los objetos mediante la acción de la luz.- *Mirar*: Dirigir la vista a un objeto. Observar las acciones de alguien. Revisar, registrar. Tener en cuenta, atender». Veamos el otro par: «*Oír*: Percibir con el oído los sonidos. Hacerse cargo, o darse por enterado, de aquello de que le hablan.- «*Escuchar*: Prestar atención a lo que se oye. Aplicar el oído conscientemente para oír algo. Dar oídos, atender a un aviso, consejo o sugerencia».

Esas, tal vez, sutiles diferencias permiten expresarnos con mayor claridad y exactitud para lograr así una comunicación más perfecta. Una vieja expresión de uso común, extraída de un programa de televisión, era: «Habla más fuerte, que no te escucho» en la que se pierde lo específico de estas dos variantes del oído,

---

<sup>3</sup> Se puede consultar mi trabajo *Reflexiones sobre los usos de la palabra*, publicado en la página [http://ricardovicentelopez.com.ar/?page\\_id=2](http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2)

equivale a decir de la vista: «Encendé la luz, que no te miro». Tanto en *mirar* como en *escuchar* hay una actitud expresa de la voluntad de prestar atención, de lograr el mejor registro posible; en cambio, en *ver* y *oír* sólo se hace referencia a la capacidad posible de esos sentidos.

Demostremos otro paso en este sentido. Esto nos lleva a la necesidad de distinguir dos aspectos, en los que entra en juego la relación de nuestra conciencia (capacidad de conocer), que pueden parecer contradictorios. Sin embargo, mirados con mayor rigor, nos dicen mucho. Para ello debemos prestar atención: puede haber, en lo que *vemos*, cosas *no miramos*; podemos *mirar* cosas que *no vemos*. Dos ejemplos: la capacidad de la vista abarca una perspectiva muy amplia, aunque solamente nos concentramos en aquello que llama a nuestra *mirada*, *vemos más* de lo que *miramos*, y esto tiene importancia para nuestro registro consciente. La conciencia retiene aquello que *miramos*, el plus de lo que vemos entra a nuestra conciencia y se aloja en nuestro *inconsciente*. Para el segundo caso, una experiencia posible: al *mirar* una radiografía, solo *vemos* matices de gris y negro dentro de una nebulosa; sin embargo, la palabra médica puede señalarnos un aspecto de ella por el cual distinguimos lo que puede ser la razón de nuestro malestar: *vemos* ahora lo que *mirábamos* antes y no *veíamos*.

Avancemos en el análisis. El profesor José Luis Brea<sup>4</sup> (1957-2010), especialista en arte y en filosofía de la estética, nos propone pensar con otra mirada, que nos abrirá el camino hacia una comprensión más amplia respecto de nuestra relación con la realidad: lo que *vemos* y lo que *conocemos*:

Una primera impresión podría hacer pensar que necesariamente ambos escenarios, o “espacios lógicos” –el de lo visible y el de lo cognoscible– deberían coincidir. Sin embargo, y a poco que reflexionemos, nos encontramos con que el registro de lo cognoscible sobrepasa en mucho el de lo visible: tenemos noticia y conocimiento bien construido de muchos otros datos que los aportados por la visión, y obviamente hay allí mucho de lo conocido al margen de lo originado en el registro de la visión. Lo cognoscible es por lo tanto mucho más amplio que lo meramente visible. (Subrayados RVL)

Nos está diciendo que una proximidad ingenua al tema del conocimiento ofrece una apreciación primera de la importancia de la visión –“ver para creer”–. Una reflexión sobre ello nos hace advertir lo mucho que es parte de lo que sabemos y que no es resultado de lo visto.

Nos propone, siguiendo el hilo de lo que venimos pensando, plantearlo de este otro modo: ¿podríamos afirmar que todo lo que puede “ser visto” es a la vez “cognoscible”, es decir, origina conocimiento? Incluso, demos un paso más: ¿sería posible “ver” aquello que no nos fuese posible “conocer”? o, por decirlo de otra manera, ¿seríamos ciegos a aquello sobre lo que inevitablemente seríamos ignorantes?:

En cierta forma, me atrevería a decir que buena parte del arte del siglo XX se ha alimentado de esta hipótesis. Una hipótesis a la que describiría con la fórmula del “inconsciente óptico”. Una hipótesis cuyo postulado esencial sería que hay algo en lo que vemos que no sabemos que vemos, o algo que conocemos en lo que vemos que no sabemos “suficientemente” que conocemos. (Subrayados RVL)

Aparece la relación entre lo que los sentidos perciben y el registro de ello que ejecuta *la conciencia*. Asumamos ahora que, a partir del genio de Sigmund Freud<sup>5</sup> (1856-1939), debemos pensarla desdoblada en dos dimensiones. Este investigador las denominó: el *consciente* y el *inconsciente*. Una sencilla explicación, a riesgo de empobrecer esos significados, es que el *consciente* se refiere a una posibilidad, más o menos sencilla, de recurrir a los registros biográficos allí acumulados, recuperables por la memoria; es el nivel

---

<sup>4</sup> Teórico y crítico de la cultura, de nacionalidad española. Fue profesor titular de Estética y Teoría del Arte contemporáneo en la Universidad Carlos III de Madrid y en la Facultad de Bellas Artes de Cuenca, en España.

<sup>5</sup> Médico neurólogo austríaco, padre del psicoanálisis y una de las mayores figuras intelectuales del siglo XX.

más accesible. El *inconsciente* es, dicho metafóricamente, una capa más profunda, mucho más difícil de alcanzar, y a la cual solo la técnica psicoanalítica puede llegar, en alguna medida.

La existencia de estos dos niveles puede verificarse a través de los sueños, muchas veces incomprensibles para nosotros. Otra experiencia fue realizada por la psicología social, con resultados de lo conocido como *percepción subliminal*:

Se llama subliminal a aquella percepción que entra directa al subconsciente de la persona sin ser captada por su mente consciente en ese momento. Un mensaje subliminal es un mensaje o señal que se diseña para pasar por debajo (sub) de los límites (liminal) normales de la percepción. Otra experiencia es la hipnosis. Si bien prácticamente todos podemos estar expuestos a actuar inconscientemente, en determinados momentos, mediante la percepción de esos mensajes a distancia, tanto en el tiempo como en el espacio (la publicidad), ha habido mucho debate sobre en qué circunstancias y en quiénes estas posibilidades se pueden dar. Mucho de este tipo de experiencias sobre manipulación se ha tomado de los historiales clínicos de la psicología y la psiquiatría. (Subrayados RVL)

Lo importante de todo esto, para el propósito de este trabajo, es ir reconociendo que nuestra primera actitud respecto de la relación persona-realidad es la que surge de la *evidencia*: la etimología nos dice: «"ex" = 'desde'; "videre" = 'ver'. Expresa la cualidad o situación de lo que se hace visible y manifiesto desde su interior hacia afuera». En castellano la Real Academia la define como: «Certeza clara y manifiesta de la que no se puede dudar». Nos encontramos con la paradoja de tener que poner en duda la *certeza* que nos ofrece esa *evidencia*, puesto que hay cosas que se escapan, que no se manifiestan tan sencillamente, pero que son parte inescindible de esa realidad.

Antoine de Saint-Exupéry<sup>6</sup> (1900-1944), el famoso autor de *El Principito* (1943), pone en boca de este personaje una frase mil veces repetida: «He aquí mi secreto, que no puede ser más simple: solo con el corazón se puede ver bien. Lo esencial es invisible a los ojos». La afirmación se da frontalmente contra el «ver para creer», atribuida al apóstol Tomás y que, muchos siglos después, el positivismo científico transformó en la necesidad de demostrar empíricamente lo afirmado. Equivale a decir: *sólo lo demostrado materialmente es creíble*.

Debemos asumir que si en torno a este problema giran muchas de las cuestiones en debate, con mayor razón dentro del ámbito de lo humano. Las ciencias sociales no han podido llegar a mostrar la certeza científica y se han valido de interpretaciones aceptables dentro de academias y universidades. La investigación realizada sobre la naturaleza ha permitido la repetición de laboratorio que abona la certeza de ese tipo de verdades; su objeto de estudio admite manipulaciones diversas y repetidas. Las ciencias sobre lo humano se encuentran con un objeto difícil de universalizar, es decir que lo que se sabe a partir de una investigación particular válida no puede trasladarse como saber consolidado a todos los hombres sin más.

Tenemos ante nosotros dos tipos de verdades, que se han conocido como las de las ciencias duras y las de las ciencias sociales. ¿Cuál de estas dos versiones de la *verdad* vamos a aceptar? ¿Son ambas del mismo tipo de valor? Las que se obtienen mediante la demostración científica y las que se ofrecen como resultado de una interpretación seria, rigurosa, creíble y admisible. En una «creo porque lo veo»; en la otra, acepto por la autoridad –científica, académica, intelectual, etc.– de quien o quienes la sostienen.

Ahora bien, ¿siempre lo que hemos creído por haberlo visto “con nuestros propios ojos” fue una verdad incontrovertible? ¿No hemos tenido que modificar lo sabido, porque la certeza anterior ya no era creíble? Cuando conocemos personas, hechos sociales, políticos, culturales, cuando nos narran ciertos episodios, cuando leemos historias, ¿cómo definir qué y cuándo creemos? Siglos atrás, la sabiduría de

---

<sup>6</sup> Novelista y aviador francés, tuvo una vida aventurera.

Blaise Pascal<sup>7</sup> (1623-1662) nos advertía, en una línea cercana al Principito: «El corazón tiene razones que la propia razón no entiende». Se agregan ahora dos modos de entender la razón, fuente de certezas desde la filosofía de René Descartes<sup>8</sup> (1596-1650), fundamento de la cultura moderna.

No podemos ignorar que el siglo XX ha sido un escenario en el que se han quebrado, disuelto, desvanecido, muchas *verdades* que no soportaron el impacto de las atrocidades vividas. La posguerra abrió un panorama desolador, en parte, ante el conocimiento de las aberraciones cometidas por ambos bandos. Esto facilitó el paso a un escepticismo generalizado que dio por tierra con la fe en valores esenciales para la vida en comunidad. Resultado de ello fue la denominada *Decadencia de Occidente*,<sup>9</sup> cuyas consecuencias están más claras que las causas que la produjeron: la verdad está hoy más cuestionada. Discepolín<sup>10</sup> denunciaba, anticipándose más de tres décadas: «No hay ninguna verdad que se resista frente a dos pesos moneda nacional».

Debemos aceptar, como afirmación provisoria, como hipótesis de trabajo, que el tan presente y consagrado *sentido común*, debe ser puesto en cuestión. En un mundo de cambios rápidos, muchas veces inesperados, la vieja sabiduría no siempre lo garantiza. La realidad es cada vez más compleja de lo que su superficie ofrece a nuestros ojos.

### *Información, conocimiento*

Una de las bases del conocimiento con mayor presencia en la vida moderna se origina en lo recibido del mundo exterior a través de los sentidos: la *información*. En el camino propuesto, a riesgo de agotar la paciencia del lector, debemos formularnos algunas preguntas más, para evitar los restos de ingenuidad que todavía pueden quedarnos.

Una definición de Wikipedia nos puede ayudar:

La información es un conjunto organizado de datos procesados, que constituye un mensaje, éste cambia el estado de conocimiento del sujeto o sistema que recibe dicho mensaje.

La etimología de la palabra amplía y profundiza el contenido de su significación: *informar*, de origen latino, “-in”, ‘hacia adentro’; “formare”, ‘figura’, ‘imagen’, equivale a ‘dar forma hacia el interior’. Nos permite releer la definición a partir de plantear las siguientes preguntas: ¿hay *un alguien* que *organiza un conjunto de datos*? ¿Quién o quiénes? Él (o ellos) dan *forma nueva* –in-forman–, modificando el *estado del conocimiento* de quien lo recibe. Puede parecer demasiado exagerado, como si pretendiéramos ver más allá de lo existente. Sin embargo, si repasamos reflexivamente nuestro itinerario educativo se nos cruza la pregunta: ¿no hemos sido nosotros alumnos de un sistema educativo que procedió exactamente de ese modo, con mecanismos similares? Entonces, somos el resultado de ello, nos hemos formado así: ¿es esto sospechable? Terrible pregunta. *Sospechar* de nuestra formación es ponernos en el centro de la crítica. ¿No se presenta como necesario de acuerdo a lo que va apareciendo?

Ahora bien, al detectado el emisor –que en la definición no había aparecido– nos vemos obligados a preguntar por él. ¿De dónde proviene esa información? ¿Quién define cuál, cuánta y cuándo debe ser

---

<sup>7</sup> Matemático, físico y filósofo cristiano francés.

<sup>8</sup> Filósofo, matemático y físico francés, padre de la geometría analítica y de la filosofía moderna, uno de los nombres más destacados de la revolución científica.

<sup>9</sup> Sobre el tema, se puede consultar mi trabajo *La decadencia de Occidente* publicado en la página [http://ricardovicentelopez.com.ar/?page\\_id=2](http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2).

<sup>10</sup> Enrique Santos Discépolo (1901-1951), compositor, músico, dramaturgo, poeta y cineasta argentino, conocido como Discepolín.

publicada? ¿Quién decide sobre qué hay que informar y cómo hacerlo? ¿Quién *censura* lo que no debe ser publicado? Todas estas preguntas, ¿pueden ser dirigidas hacia el interior del sistema educativo? Si hemos recibido en nuestra etapa formativa sólo una *versión canonizada* del conjunto de saberes posibles, ¿podrá haber otros modos y versiones que no hemos recibido y de cuya posible existencia en su mayor parte ni siquiera sospechamos?

Entonces, ¿es muy arriesgado decir que ese aprendizaje funcionó, aunque esto no fuera consciente, sino un resultado no buscado claramente, como un impedimento de una formación integral más satisfactoria? De ser así, lo recibido funcionó como obturación a un conocimiento más abarcador y comprensivo. Sin que esto se presente como una acusación que pueda suponer una intriga contra la formación de los estudiantes, puede no ser desmedido afirmar que hemos sido *mal formados* o, al menos, *deficientemente formados*.

En el ámbito de la comunicación, este mecanismo –deliberado o como resultado no deseado– se denomina *desinformar*. La *desinformación* –no debe ser confundida con *no estar informado*, como es común en el lenguaje cotidiano – puede ser el resultado de una acción pensada y ejecutada para un objetivo preciso, simplemente, una consecuencia no buscada del proceso de la comunicación. Este concepto encuentra una definición muy tajante en Wikipedia:

La desinformación, también llamada *manipulación informativa*, es la acción y efecto de procurar en los sujetos el desconocimiento o ignorancia y evitar la circulación o divulgación del conocimiento de datos, argumentos, noticias o información que no sea favorable a quien desea desinformar. Habitualmente se da en los medios de comunicación, pero estos no son los únicos medios por los cuales se puede dar una desinformación. Puede darse en países o sectas religiosas que tienen lecturas prohibidas, gobiernos que no aceptan medios de oposición o extranjeros, naciones en guerra que ocultan información. (Subrayados RVL)

La relación cotidiana con la información, en un mundo en el que necesariamente se debe recurrir a los medios públicos, ¿no debería dar lugar a algunas preguntas más: ¿estos medios son confiables? Dado que hoy, como es sabido, pertenecen a multinacionales, ¿no están sometidos a sus intereses? Estas preguntas problematizan aun más el tema de este binomio información y conocimiento, y reverbera en los espacios educativos. Se puede arriesgar la siguiente hipótesis de trabajo: el sistema educativo nos formó en una relación educando-conocimiento de total respeto y aceptación de la verdad, recibida como incuestionable (verdad académica).

Esta relación de sumisión, que no daba lugar a desarrollar el pensamiento crítico, ¿no nos preparó para mantener una similar durante el resto de nuestra vida? Ese tipo de relación, ¿no es la que, por regla general, tenemos frente a gran parte de la información recibida? ¿No ocuparon los medios masivos el mismo lugar respetable del maestro o del profesor?

Siendo esto así, conocer, como concepto ligado a informarse, debe ser puesto bajo una mirada crítica. Nos advierte sobre la complejidad y las dificultades que representa la tarea imprescindible de *saber*. La creación de conocimiento, entonces, requiere tiempo, dedicación, voluntad, perseverancia, para poder buscar, seleccionar, refinar y metabolizar la información. En otras palabras, aparece el necesario desarrollo del pensar crítico. La Academia de la Lengua Española define: «Crítica- juzgar las cosas, fundándose en los principios de la ciencia o en las reglas del arte». Su etimología agrega: Crítica se origina en el griego *krínein* (“discernir, analizar, separar”) separar lo bueno de lo malo, decidir». La respuesta de un clásico, Jaime Balme<sup>11</sup> (1810-1848), es:

---

<sup>11</sup> Filósofo, teólogo, apologista, sociólogo y tratadista político español.



El pensar bien consiste en conocer la verdad o en dirigir el entendimiento por el camino que conduce a ella. La verdad es la realidad de las cosas. Cuando las conocemos como son en sí, alcanzamos la verdad, de otra manera, caemos en un error.

La catarata de noticias con la que hoy se atosiga a la población debería alertarnos respecto de cuál es *la verdad*, que no parece ser el verdadero propósito de *informar* o *desinformar*.

Nos topamos aquí con la comprobación de que la sociedad humana, en la etapa de la globalización, está cada vez más lejos de posibilitar o facilitar la tarea individual de dotarse de los mecanismos y los recursos adecuados que la pongan al abrigo del bombardeo informático. Este proceso global ha colocado la información al servicio de los intereses espurios del capital anónimo transnacional. Tal vez haya llegado la hora de comprender que el ingenuo culto a esa *información*, así obtenida, ha desbarrancado hacia un pantano de dificultosa salida. Puede haber llegado el momento de comenzar a honrar una forma del *saber*, la *sabiduría*, sin la cual cualquier esfuerzo por aumentar nuestros “conocimientos” no hará más que agravar nuestros problemas.

Hablar de la sabiduría es más fácil que aproximarse a ella. Wikipedia ofrece una definición:

La sabiduría es una habilidad que se desarrolla con la aplicación de la inteligencia en la experiencia propia, obteniendo conclusiones que nos dan un mayor entendimiento, que a su vez nos capacitan para reflexionar, sacando conclusiones que nos dan discernimiento de la verdad, lo bueno y lo malo. La sabiduría y la moral se interrelacionan dando como resultado un individuo que actúa con buen juicio.

El camino de la sabiduría ofrece las dificultades de transitar, saber de ella, mantenerla como un horizonte hacia el cual dirigir nuestros pasos en su búsqueda, aunque nunca lleguemos a lograrlo. Solo el caminar de este modo nos coloca en una actitud deseable en la relación planteada como tema de estas pesquisas respecto de la dualidad información-conocimiento.

Jerôme Bindé<sup>12</sup> y Jean-Joseph Goux<sup>13</sup> ponen el dedo en la llaga, cuando afirman que:

La información instantánea ha suplantado el sentido de la historia y el reconocimiento de sus tendencias a largo plazo, que han llegado a ser indescifrables.

Se entiende entonces que David Orr<sup>14</sup> comience a veces sus charlas con una broma —¿una broma?—:

Nuestra civilización se asemeja a un avión de pasajeros en el que, durante el vuelo, el comandante se dirige al pasaje, por el sistema de comunicación, para anunciar: Señoras y señores pasajeros, les habla el comandante. Tengo dos noticias que darles, una buena y una mala. La buena es que vamos según el horario previsto. La mala es que nos hemos perdido. (Subrayados RVL)

### *Una conclusión difícil y provisoria*

*Ver* es parte del *saber*, pero no agota todo lo que la primera imagen nos brinda. Una especie de tras-mundo requiere una mirada que se sobreponga a los ojos y que mire por debajo y más allá. Este no es un ejercicio sencillo, exige adiestramiento, disciplina que no se adquiere sin esfuerzo, dedicación y

---

<sup>12</sup> Catedrático en Letras y director de la Oficina de Prospectiva de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco).

<sup>13</sup> Profesor en Francia, en la Universidad de París VIII-Vincennes, en la Universidad de París VII-Jussieu y en la École Normale Supérieure, y en varias de los Estados Unidos.

<sup>14</sup> Político demócrata de Chicago, Illinois. Egresado de la Universidad de Simpson en Indianola, Iowa.

perseverancia. Y, creo percibir que hoy se torna más dificultoso, porque impera un culto a la facilidad y en espera de los logros inmediatos. Les recuerdo las palabras de Edgar Morin:

Si queremos que la Tierra pueda satisfacer las necesidades de los seres humanos que la habitan, entonces la sociedad humana deberá transformarse... La era planetaria necesita situar todo en el contexto y en la complejidad planetaria. El conocimiento del mundo, en tanto que mundo, se vuelve una necesidad intelectual y vital al mismo tiempo. (Subrayados RVL)

A esta altura del texto puedo sospechar que el lector atento esté pensando en que lo escrito encierra un mensaje pesimista. Hago expresa mi confesión de ser una persona esperanzada con ideales utópicos. Los largos años de docencia universitaria me han enseñado que las sucesivas generaciones de jóvenes que acceden a ella pecan de una ignorancia profunda sobre estos temas. Su ignorancia está protegida por una apariencia de *saber* que los *satisface*. Creen necesitar solamente mayor información académica, específica para su carrera profesional. Eso es lo que, en el mejor de los casos, consiguen. Recordando a Einstein, citado en páginas anteriores: «Cada día sabemos más y entendemos menos». La exigencia de la hora es *entender más*, pero la Universidad da esto en pequeñas dosis.

Nuestra generación –los que hoy tenemos 50 o más años– tenemos una posibilidad de recuperar mucho terreno y tiempo perdido; una responsabilidad por la experiencia acumulada que debe obligarnos a ser parte de esta tarea; más la satisfacción que nos brindará el sabernos capaces de aportar a la construcción de un mundo posible, más humano y anhelado. Agreguemos un espíritu crítico, agudo, sagaz, como aporte a la comprensión del mundo actual, condición necesaria para la construcción de una vida más humana, más equitativa y más fraternal.